

ALDO GAMBA VIVE UN MOMENTO DE INTENSA ALEGRÍA ANTE LA OBRA QUE HARA PERDURABLE SU NOMBRE

Ha hecho un fantástico viaje de Italia a La Habana en siete días. De cara al monumento de M. Gómez, siente la misma emoción que cuando triunfó en la porfiada lid

Quando esta edición del NOTICIERO comience a circular, ante una multitud abigarrada, que lucirá sus trajes de día de fiesta, frente a una tribuna donde, severos y estirados, los funcionarios del Gobierno, enfundados en sus chaqués clásicos, y en la mano la austera chistera de siete reflejos, caerá al suelo el velo que cubre la estatua ecuestre del Generalísimo Máximo Gómez, héroe epónimo de nuestras guerras de Independencia. Y el público, deslumbrado ante la maravilla de arte desplegada por el cincel vibrante y varonil del artista y cegado por las iridaciones del sol, aplaudirá delirantemente. Los músicos lanzarán desde su bruñidos instrumentos las notas cadenciosas y valientes del Himno Nacional. Después se pronunciarán discursos alusivos al acto «grandioso y solemne», que reproduciremos mañana en el DIARIO y quizá mañana se dé cuenta de cómo, en un instante fugaz, la boca marmórea del «Chino Viejo», se crispa en una sonrisa irónica por lo humana. El acto dará fin. La multitud, sudorosa y satisfecha, se perderá, haciendo comentarios, por las rúas de la ciudad. El elemento oficial, es decir, los señores de chistera, se despojarán de sus ropas, un tanto ana-crónicas, con un suspiro hondo de satisfacción. Ya la explanada de la Avenida de las Misiones está sola. El sol cae verticalmente sobre la ciudad, y la bella obra de arte recibe a plenitud su bautizo de rayos ardientes. El periodista, que tiene la fobia de las multitudes, admira él solo y en silencio, la estatua y busca ávidamente, entre las filigranas dejadas por el cincel del escultor sobre el mármol, la firma del autor. Allá abajo, en el pedestal, modesta, casi escondida, esta rúbrica:

«Aldo Gamba».

¡Aldo Gamba! ¡Qué de sugerencias nos trae a la memoria este nombre y apellido italianos! Artista acogido entre nosotros con calor y cariño en el tiempo aquel en que aún poseía todos los arreos, las inquietudes y la rebeldía de la juventud. Epoca aquella en que Gamba llevaba una melena descuidada que cubría su cráneo, lleno éste de ardientes fantasías, por las calles de la Habana, la suave ciudad sin Cap'tio, sin asfaltos relucientes, sin estaciones de radio, sin recortadas y revolucionarios estridentes. Bella ciudad sin prisa, que dormía una siesta larga, ignorante del ajetreo, inútil al fin y al cabo, de la velocidad.

Pero ¿a qué divagar? Aldo Gamba está en la Habana. Ha venido a ver su obra en pie frente a otros monumentos prestigiados por los años, regados con sangre: el Morro y la Cabana. Pero... ¿dónde se encuentra el artista? Vive en un hotel de esta ciudad, pero no ha parado en él ni un instante. Aldo Gamba se ha perdido. El artista atormentado ¿ha desaparecido? ¿Dónde localizarlo? ¿Quién puede informarnos del lugar en que se halla este eterno bohemio del cincel, este último romántico que, cual revivido personaje de Murger, fué capaz, en un momento de ardiente desesperación, de rubricar con la tragedia, una vida llena de promesas y abierta al porvenir más brillante?

Y después de buscar al autor del monumento—fantasía en mármol—por toda la Habana, lo vimos, casi podemos decir que lo capturamos, frente a su obra, que observaba con mirada acuciosa, quizá aun no del todo satisfecho de la misma, debido a la eterna inconformidad que sienten los artistas ante sus propios partos ingeniosos.

—Mi viaje ha sido rápido nos dice.—En sólo siete días logré hacer

la travesía de Italia a La Habana por la vía de Nueva York. Ansiaba—agregó—este momento, supremo instante de mi vida de artista, de ver inaugurada oficialmente mi obra. Estoy, por varias razones, satisfecho: El lugar escogido para emplazarla no ha podido ser mejor. Yo mismo—afirma—si hubiera sido consultado hubiera indicado este lugar como el más adecuado. Es, sin duda alguna, uno de los más bellos de la Habana. Y con un gesto, grácil y pleno, señaló la inmensidad del océano, quebrado por la fortaleza amurallada del Morro.

Aldo Gamba sigue hablando. No está satisfecho del todo. Cree que al monumento le falta el juego de aguas para que la luz se quiebre en los siete colores del iris. Y nosotros pensamos: ¿Qué artista de verdadera fibra lo está nunca?

El Gobierno—estima el escultor—tomará seguramente en consideración estos pequeños detalles defectuosos, simples lunares de la obra, para subsanarlos y corregirlos. En este caso, el propio Gamba podía quedar encargado del arreglo total del monumento.

Son las doce del día. El sol cae de lleno sobre nosotros. Gamba saluda a los concurrentes y parte en automóvil con rumbo desconocido. Se pierde materialmente en la gran ciudad, cuyos habitantes verán hoy, atónitos, cómo el esfuerzo de un brazo sin más armas que un cincel, movido por una mente ardiente y fantástica, logró plasmar en el mármol el bello monumento, que simboliza el recuerdo de un pueblo a su más grande guerrero.

*Del Artista
Nov. 18/35*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA